

Sr. Decano de la Facultad de Filosofía, Historia, Letras y Estudios Orientales, Dr. Bernardo Jorge Nante, Sra. Secretaria Académica, Mag. Claudia Pelossi, Sr. Prosecretario Académico Esp. Juan Pablo Spina, Sra. Directora de la Escuela de Filosofía, Lic. Verónica Parselis, Sra. Directora de la Escuela de Historia, Esp. Alicia Martín, Sra. Directora de la Escuela de Letras, Lic. María Elena Lenscak, Sr. Director de la Escuela de Estudios Orientales, Dr. Carlos Rúa, Sres. profesores, graduados, familiares y amigos.

Tengo hoy el agrado y la responsabilidad de dirigirme a todos ustedes en representación de los graduados, quienes hoy nos encontramos ante el acontecimiento tan esperado desde el comienzo de nuestro camino y el resultado de múltiples esfuerzos. Sin embargo, sería impertinente alzar mi voz como un privilegio que se me otorga, ignorando el desafío que es hacerla valer en nombre de todos los demás estudiantes que hoy comparten mi suerte de estar en este salón.

Aquí mismo llega a término una travesía que, de no habernos unido, cuanto menos nos encuentra en última instancia como una convergencia de nuestros recorridos, y tengo la esperanza de que, luego de un poco de compartida, podremos ver los parecidos entre ellos. Esta semejanza de trayectos se devela en lo cotidiano del arduo estudio, de las clases temprano por la mañana, o tarde por la noche; de los preparativos para los exámenes que buscamos superar con diligencia. Sin embargo, lo más valioso del recorrido, y lo que anima nuestra voluntad, se encuentra aún más profundamente, en aquel lugar de nosotros mismos donde el estudio académico se encuentra con la verdadera inquietud por el mundo, por los demás, por lo propio. Es allí donde, con gran parecido, todos aquí hemos sido formados en la memoria del pasado, en las herramientas necesarias para ampliar el horizonte de nuestro pensamiento sobre el presente en el que nos encontramos. En este intento de hablar por nosotros, deseo compartirles tres convicciones.

Este aprendizaje, que en un principio hubiera pretendido dar respuestas o alumbrar nuestro esbozo sobre la realidad nos ha situado, por el contrario, en tensión con esta misma que hoy conocemos, presentándonos nuevas problemáticas, con igualmente novedosas metodologías para plantearlas y responderlas, de manera que las respuestas logren, no encerrar un discurso, sino abrirlo hacia un horizonte de lo posible. Guardo la primera convicción de que el conocimiento nos responsabiliza y nos involucra ante una apertura hacia lo real, que aguarda como tierra incógnita la huella de nuestro proyecto.

En el trayecto acontecen momentos propios de la enseñanza: el aula, los pasillos, luego los cafés, los tiempos de espera, los otros. El conocimiento nos sitúa en tensión con el Otro y con los otros como la posibilidad de lo distinto por fuera de uno mismo, y es ahí mismo donde nace el saber: en el estallido del pensamiento en debate, argumentando con tenaz disonancia, o en la dulce melodía del diálogo fraterno, ambos entre compañeros que, conociendo lo mismo, lo integran con la singularidad del propio interés. Esta es mi segunda convicción: que el saber implica alteridad, que nos guía a la apertura por fuera de nosotros mismos. No nos hemos convertido en intelectuales aislados, sino en personas dispuestas a compartir nuestra preocupación y nuestra esperanza, a escuchar al que piensa distinto y a formar una comunidad de pensamiento, un ágora.

Si hemos avanzado con dedicación, seguramente llegamos a descubrir que las inquietudes nos pesan muchas veces más de lo que podemos cargar, y que navegamos apenas con pequeñas intuiciones en un océano teñido de todo lo que desconocemos. He aquí mi tercera convicción, a saber, que el conocimiento supone ignorancia, que perseguir la sabiduría inaugura

continuamente nuevos viajes, y que nunca se la puede acorralar. Esto puede generar, en un principio, angustia, aflicción de yacer, como explicaba Pascal, entre infinitos. Sin embargo, aprender a convivir con la inquietud nos lleva a registrar que la existencia adquiere otro sabor, que las cosas pueden ser de otra manera y que podemos crecer hasta límites impensados. En palabras de Giordano Bruno: “Esta es la filosofía que abre los sentidos, contenta el espíritu, exalta el intelecto y reconduce al hombre a la verdadera beatitud que puede tener como hombre [...] le hace gozar del presente y no temer más que esperar el futuro”.

Hemos aprendido que la ignorancia es el punto de partida para nuestras propias sendas. El salto hacia lo desconocido se nos ha vuelto un hábito más que un obstáculo, y la inquietud que antes estaba sorda de recursos, ahora comienza a componer su propia canción, aquella que anhela decir lo que somos y que hoy se encuentra inconclusa, porque nosotros mismo somos una obra apenas en sus primeros capítulos.

Agradezco fuertemente a los docentes, al personal administrativo, a los demás colaboradores que hacen posible este camino, y nos deseó fuertemente que sigamos escribiendo en el presente nuestra convicción, que nos sepamos acompañados por familiares, amigos, y compañeros que compartan el horizonte de nuestros sueños, y logremos zambullirnos en lo desconocido que nos espera por fuera de estas paredes.

Muchas gracias.